

Después se levanta, da diez pasos hacia atrás, y cogiendo una cuerda que pende delante de la entrada de las caballerizas, se eleva con un movimiento seguro y suave, con la fuerza de sus puños.

Allá está, sobre un alambre, en la punta, con su tallo arqueado, apoyado contra el respaldo formado por una doble cuerda que termina el aparato. Está allí por un instante, siempre sonriente, mirando a sus pies aquella ola de rostros, fija en la inmovilidad de espera. Adelanta una pierna, y con la delgada suela acaricia el alambre por el que debe hacer su peligroso viaje. Un segundo más y va a partir.

En medio del circo, tres clowns concluyen una serie de cabriolas. Al mismo tiempo, con una unidad perfecta, caen sobre sus pies. Dos de ellos vuelven al lugar de la salida, con contorsiones grotescas, dislocando el cuerpo, haciendo mil muecas. El tercero se ha quedado mirando hacia arriba, contemplando a la acróbata que arriesga su primer paso.

—¿Qué prepara?... sin duda una suprema payasada... Ya no vale la pena, hijo, las miradas no son ya para tí!...

Mario es un payaso concienzudo. Nadie le mira ya, es cierto, pero ¿qué importa? Hay que desempeñar su empleo a pesar de todo. Y héle ahí, en medio de la arena, que se pone a temblar con todos sus miembros! Ah! qué bonita comedia!

Ella es la que está arriba y camina, y él es el que está abajo, y tiembla! Pero, amigo mío, esas frases son viejas ya. Para un clown de calidad la invención es pobre!

Y tanto más pobre cuanto que no es variada. Vamos, está bueno! Qué haces allí, gran tonto, siguiendo paso a paso los movimientos de la marcha aérea, y teniendo los brazos como si fuera a caer? Miss Dora no se cae, ya lo sabes, y tu pantomima no interesa ya a nadie. Y además, para un farsante, confiesa que no tienes originalidad esta vez. ¿Dónde diablos has ido a buscar esta cara de cuaremas? Palabra de honor; se diría que estás pálido debajo del almidón y que tiembles de veras!...

—¡Ah!...  
Un mismo grito de espanto brotó de mil pechos anhelantes. Debajo de los pies de la acróbata, bruscamente, el alambre acaba de romperse, y miss Dora cae, dando vueltas en el aire....

Todo el circo está de pie, hombres y mujeres, con los ojos dilatados, con el rostro pálido.

Sobre la arena, la acróbata y el clown han rodado juntos... pues, por un prodigio de destreza, Mario ha recibido a miss Dora entre sus brazos!...

Los levantaron y se los llevan... Miss Dora no ha sufrido nada: sólo está desvanecida. Pero el hombre que ha hecho ese milagro, el clown Mario, se ha sacado un hombro y se ha roto un brazo....

—Un hombre inútil, declaró el director al salir de su palco.

—¿Y bien, mi pobre Mario, cómo te hallas?

—Así, así, dice con una sonrisa triste.

—Te debo la vida, Mario, y no olvidaré nunca....

—Oh! exclamó el joven con un relámpago de esperanza en los ojos; ¿me amarás aún?

—Sí... pero no como tú lo entiendes... Vamos, pequeño mío, no recomencemos otra vez con esas tonterías! Mira, hablemos de otra cosa... ¿Sabes lo que han descubierto?

—No.  
—El alambre había sido cortado.  
—Ah!

—Y ya han cogido al culpable.  
—¿El culpable? ¿quién es?

—El jefe de los accesorios. Ya sabes, él, ese imbécil que se había enamorado de mí y que yo había puesto en la calle.

—El?... no es posible!  
—¿Por qué no?... Mientras tanto, ha sido detenido y todas las pruebas están en su contra.

Hubo un silencio. El rostro del clown se había contraído. Parecía presa de una angustia extraña.

—Escucha, Dora, dijo de súbito con voz estrangulada. Es necesario poner en libertad a ese hombre.

—¿Por qué?

—Porque no es él quien cortó el alambre.

—¿Qué sabes tú?

—Estoy seguro de ello!

—Y entonces, ¿quién es?

—Yo.

—¿Tú!

La joven retrocedió con un gesto de espanto.

—Te lo suplico, no te vayas!—gimió el clown a través de un sollozo de angustia. Perdóname... te amaba tanto que estaba loco!...

Miss Dora se había levantado. Friamente, sin decir una palabra, se dirigió hacia la puerta, la abrió y se fué.

El miserable, clavado en su cama, oyó disminuir en la escalera el rumor seco de sus botines y el fru fru de sus vestidos.

—Y decir, exclamó con rabia, que para esto casi me he muerto!...

### Curación maravillosa.

SE día no estaba el viejo Guichemerre alegre. Estaba solo, junto a un fuego de sarmientos, calentándose las manos, frotándose y mirando a cada instante hacia la avenida de plátanos que daba entrada a su casa.

—Nadie! nadie! murmuró moviendo a uno y otro lado la cabeza. Inclino luego el rostro grueso y rubicundo, ceñido de barbas y cabellos blancos, y volvió a calentarse las manos.

Guichemerre era un oficial de sanidad, establecido hacía cincuenta años en la aldea de San Leon. Era bueno, no muy instruido, había curado enfermos como otro cualquiera, y su ambición suprema era ser Alcalde de su comuna.

Ese bello ideal no era una quimera, Guichemerre había tenido épocas gloriosas en su vida. Todos los Sanlioneses le debían algo. Él había sido por largo tiempo el único médico de los contornos. ¿Qué de catarrros, torceduras, fluxiones y males de estómago había curado... ó había agravado! Todos veneraban a Guichemerre.

Pero desde hacía algún tiempo se había encarnizado la desgracia con él. ¿Cuántos trastornos! Primero, él les había vendido los medicamentos a sus enfermos. Tenía derecho a hacerlo, porque la farmacia más cercana distaba quince kilómetros del lugar. Pero vino a establecerse en San Leon una farmacia de segunda clase. ¡Despojar a Guichemerre de su venta de sauco y de jarabe de toli! Esta venta constituía una de las ganancias más seguras del oficial.

Pero no paró en eso todo. Al perjuicio pecuniario agregó el farmacéutico el perjuicio moral.

—¿Qué es esto? preguntaba él desdenosamente a las gentes que le traían recetas de Guichemerre, y al mismo tiempo hacía un gesto de desden científico.

Verdad es que el humilde oficial no sabía recetar fórmulas brillantes. Tenía unas cuantas recetas primitivas, de las cuales se había servido invariablemente desde su juventud. Quizás antes curaban, pero ahora no estaban de moda. El boticario no les reconocía ninguna virtud.

Guichemerre perdió la tercera parte de su clientela. Pero la catástrofe final sobrevino cuando, dos años después de instalado el boticario, llegó a San Leon un doctor joven, llamado Alberto Preville. Aquello fué el golpe de gracia.

El doctor era forastero, tenía acento parisiense y modales exquisitos que deslumbraron a las aldeanas. Era de tener descos de enferrar en San Leon, para ser curado por un médico tan correcto.

Guichemerre se vio perdido.

El doctor Preville obtuvo las simpatías del boticario. Ese sí sabía formular! Ese sí recetaba medicamentos raros y costosos! Ese sí dejaba caer sus doctísimos labios palabras pomposas y distinguidas para describir las afecciones más benignas y vulgares. Guichemerre llamaba catarro al catarro. Esas prácticas no lo recomendaban ahora a los aldeanos. Ellos sentían lastimada su dignidad, viéndose afligidos por males tan comunes.

El doctor Preville siquiera les encontraba enfermedades honorables, de nombres complicados e inauditos, para curar las cuales compraba uno de buena gana medicamentos nuevos, de alto precio.

Guichemerre prefería administrar borraja, pasote y todas esas plantas conocidas, que él mismo recogía en las tierras de sus clientes. No podía luchar con el método curativo del doctor Preville. Sus más fieles pacientes le fueron abandonando poco a poco.

Como él no había sabido vender a buen precio sus flores de cadillo, cuando ejercía solo, veía ahora acercarsele cada vez más negra la pobreza a medida que se multiplicaban sus cabellos blancos.

Ese día de invierno, sobre todo, era más honda su tristeza.

Entre los pocos que le habían seguido siendo fieles, se contaba el guardabosque del lugar. Ese sujeto era amigo suyo, casado, y tenía un niño de tres años, llamado Roberto, compañero de Emilio, el nietecito de Guichemerre. Ahora bien, Roberto estaba enfermo hacía ya cuatro días y el oficial de sanidad no había sido llamado todavía por el guardabosque.

—¿Me abandonará él también? se preguntaba el médico calentándose las húmedas manos. Cada vez que miraba hacia la avenida esperaba ver a su amigo el guardabosque corriendo hacia él para reclamar sus luces.

Pero el guardabosque no se presentaba, y ya hacía tres días que Guichemerre estaba melancólico. ¿Cuántas veces había vuelto los ojos en vano hacia los plátanos deshojados!

Hacia frío. Era el mes de Diciembre. La estación triste para los viejos.

—Como no vaya a caer yo mismo en cama, pensó Guichemerre aterrizado.

Ya le había dado órdenes a su hija, la madre de Emilio:

—Si enfermo, le había dicho, llamas al oficial de sanidad de Mirmizan. Que no entre nunca un médico en mi casa. Primero la muerte.

Los sarmientos se retorcieron en las llamas y caían vueltos brasas. A veces tocaban a la puerta, pero no era el guardabosque el que llamaba, no era nunca un cliente. Guichemerre sentía palpitaciones terribles en su viejo corazón.

De repente entró su hija.

—Escuche, padre, dijo palidísimo.

El oficial de sanidad escuchó y palideció a su vez. Se oía el trote de un caballo. Un trote muy conocido.

—Sí, sí, es él! balbuceó Guichemerre. Va a casa del guardabosque.

Diez segundos después pasó por el frente de la casa el doctor Preville, en su caballo elegante, y se dirigió a la izquierda, hacia la casa del guardabosque, balanceándose coquetamente sobre los estribos.

El viejo Guichemerre se apretó la cabeza con las manos. *Consummatum est!* exclamó: Adios la alcaldía! Adios todo! Tomó entre las suyas la mano de su hija y la oprimió en silencio, durante algunos minutos, sin poder llorar.

Quince días después experimentó Guichemerre una de las alegrías más grandes de su vida. Se presentó un hombre en la avenida de plátanos y resultó ser el guardabosque, a quien él ya no aguardaba.

—Señor Guichemerre, le dijo su amigo, con ojos llorosos, mi mujer y yo le pedimos perdón. Creíamos deber... en fin, usted sa-

le moría su paciente, podía contar con la ruina irremediable. Pero si lo curaba ¡qué gloria!

Pasaban los días. El niño seguía en el mismo estado. Guichemerre no sabía qué recetar. Había agotado toda su ciencia. No osaba acercarsele a la sonámbula, porque ella era muy charlatana.

Ya no quería que los padres de Roberto entraran al cuarto cuando él venía a ver a su amiguito enfermo. Pretextó una medicación secreta, maravillosa inventada por él, que quería ensayar secretamente. En verdad de lo que él trataba era de ocultar su turbación y su ignorancia.

Un día, dos de Enero, volvía él de la estación vecina, a donde había ido a recibir un paquete. Era un regalo que le enviaba un amigo a su nietecito. Una locomotora de cobre que rodaba, silbaba, humeaba y hacía ruido como una verdadera máquina de vapor. Guichemerre, al recibir el paquete (poniendo un dedo en la boca) había alzado la tapa de la cajita y había examinado el juguete.

Entró en casa del guardabosque con su paquete debajo del brazo, y se encerró en el cuarto del enfermo. Roberto estaba despierto. Sin decir nada, abrió sus grandes ojos negros, tristes. Guichemerre puso la caja sobre la mesa y, a falta de medicinas más saludables, trató de conversar con Roberto.

—Eso es bonito, dijo el niño, mostrando con su dedo dífano una rueda amarilla que aparecía por entre la tapa mal colocada. ¿Qué bonito! Y, al decir eso, le brillaron los ojos.

Guichemerre se estremeció.

—No es verdad que es bonito? le dijo reprimiendo una lágrima de emoción y abriendo del todo la caja. Al aparecer el juguete, admirable en todo su esplendor, Roberto enrojeció de placer.

Al cabo de dos minutos pudo decir:

—¿Eso rueda?

—Sí, hijo, contestó el anciano llorando.

Ese día, cuando salió del cuarto con su locomotora onidadosamente oculta en la caja, tenía el ojo pinto en la cara.

—¿Cómo signe, señor Guichemerre? le preguntaron los padres.

—Mejor, mucho mejor! Yo volveré esta tarde.

Volvió a la tarde y a la mañana siguiente. Las visitas iban siendo más prolongadas. Se presentaba siempre con su caja misteriosa debajo del brazo. Los padres, atentos detrás de la puerta, oían ruidos singulares durante la visita.

El niño convalecía, hablaba, estaba contento. Los ojos le brillaban, llamaba al médico «papá Guisemé», y lo quería. Recobraba el apetito. Les hablaba a los padres, de caminos de hierro, de ruedas amarillas, de chimeneas negras, y trataba de imitar el ruido que hacen las locomotoras al moverse.

El guardabosque no comprendía sino que su hijo estaba curado, y lloraba de placer... Guichemerre era feliz. Aquella curación era maravillosa, era una revolución en el pueblo. Seguramente le elegirían Alcalde por unanimidad.

Un día, cuando Roberto estaba casi curado, Guichemerre hizo más ruido que de costumbre y Roberto soltó una carcajada.

Entonces los padres, impacientes, curiosos, forzaron la consigna y abrieron bruscamente la puerta.

—¡Cielos! gritó Guichemerre ocultando la locomotora. Pero ya era tarde, ya se la habían visto. El creyó desvanecerse de vergüenza. Sin decir palabra, enrojecido, loco, se fué llevándose la máquina amarilla debajo del sobretodo.

Quando llegó a su casa pensó en ahorcarse. ¿Qué se diría en San Leon? ¿Qué iban a decir el boticario y el médico? ¡Oh ignominia! Curar niños con juguetes!

Guichemerre se arrancaba las últimas canas, cuando entró el institutor de la aldea y le dijo:

—Señor, soy corresponsal de un diario científico de París, y acabo de saber vuestro triunfo. Desearía hablar de él en mi próximo

artículo. ¿Le permitiría usted a un profano examinar el maravilloso aparato que ha inventado usted y gracias al cual, según me ha dicho el mismo guardabosque...?

Guichemerre tembló interiormente al comprender a su visitante. El guardabosque había visto mal. ¡Había tomado la locomotora amarilla por un nuevo aparato de cirugía!

—Señor, contestó, haciendo esfuerzos por ocultar lo que en él pasaba, siento altamente no complacer a usted; pero razones de la mayor importancia me obligan a guardar, durante algún tiempo, el más absoluto silencio acerca de mi invento. Además, agregó gravemente, mi aparato será objeto de una comunicación especial y directa a la Academia de Medicina.

Mr. Guichemerre, caballero de la Legion de Honor, Alcalde de San Leon, es hoy candidato para la Cámara.

### EL ROBO.

GUARDIAS! ¡Guardias!

Así gritaba un joven, en el paseo, pidiendo socorro.

A su alrededor, en un instante, se arremolinó gente, con los ojos abiertos, espantados de curiosidad.

Hasta la correcta fila de coches, que giran pausadamente bajo los árboles empolvados y sobre la arena recién regada, detuvo sus pintadas ruedas, que, heridas del sol, iban enmarañando infinitas madejas de hilo de luz.

El joven que, á voces, solicitaba el auxilio de la autoridad, estaba irreprochablemente vestido. A un traje de rica estofa añadía joyas finas. En el dedo anular de la mano izquierda lucía hermosa sortija de grueso brillante. Sobre el chaleco blanco se cruzaba doble y magnífica cadena engalanada de caprichosos dijes. Una gota de masa lunar ponía en la corbata la esfera de una perla como un garbanzo.

Densa palidez cubría el semblante del mozo. Parecía próximo a exhalar el último suspiro.

Con ambas manos se oprimía el pecho agitado.

—¿Qué le pasa a usted, señorito?—le dijo acercándose un guardia.

—He sido robado traídamente,—pudo articular el joven.

Y dicho esto, poseído de emoción extrema, nublósele la vista, y cayó al suelo.

Fué conducido a una silla inmediata, a una de esas sillas de alambre de hierro, que parecen aprisionar dulcemente, como una red de aire, el cuerpo, vestido de traje vaporoso, de las hermosas.

Aumentóse el corro en torno del joven desmayado.

Un abanico compasivo, al que mano sutil y diestra daba saludable aleteo, revoloteaba mansamente, como insecto sobrecogido de amorosa languidez, sobre el rostro, apenas barbado, del simpático pollo.

Se hacían mil comentarios.

—¿Qué pueden haberle robado?—decía un señor, en cuya faz, apoplética de glotonería, se marcaba el sello del prosaico positivismo.—El conserva todas sus alhajas. Reloj, cadena, alfiler, sortija, hasta el dinero, cuyo redondo bulto se revela bajo la tapa del bolsillo, todo lo robaste, en fin, por dedos rateros, encima lo lleva.

—Usaba bastón?

—Sí; ahí yace caído.

Una señorita sensible, que aún de este género quedan adorables ejemplares para embeleso de poetas soñadores, se aventuró a hacer una observación.

—Quizá le habrán robado algún recuerdo que el desgraciado estimaba en mucho.

—¿Un recuerdo? Y eso con qué se come?—objetó un gaonero.

La señorita sensible se mordió los labios, hizo un gesto desdenoso y volvió la espalda.

¡Ah! Ella sabía a qué atenerse. Ella guardaba recuerdos, recuerdos de amor, que era el



mejor tesoro que poseía. Si los perdiera, su vida sería una miseria, una noche sin luceros, un campo sin flores, una corriente de agua oscura, sin reflejos ni marmullos.

Y el caso era que el robo debía de ser de gran calidad. No pierda el sentido un joven, y un joven como nuestro héroe, por unos cuantos duros menos. El robo tenía que haberle llegado al alma.

Volvió en sí á cabo de un rato. Lanzó un largo suspiro, y se puso de pié, mirando á todas partes.

—Vamos, señorito, valor.—volvió á decir el guardia.—Diga usted, á lo ménos, quién le ha robado

—Allí está mi ladrón,—repuso el mozo, señalando con el dedo hacia un grupo, donde predominaban las mujeres.

Se aproximó el guardia al lugar indicado, y allí reiteró su pregunta:

—¿Quién es el ladrón?

—El ladrón... es esa señorita,—dijo el robado.

Y mostró la joven de los recuerdos.

—Dios santo! ¡Qué escándalo se armó entonces!

Todos se separaron de allí, temerosos de una nueva ratería, dejando sola á la acusada, en compañía de su madre.

Esta no supo al principio articular palabra. ¿Era posible que su hija, que sólo se ocupaba en leer versos, se dedicase en público á semejantes infamias? ¡Qué vergüenza!

—En fin, señora, señorita,—dijo el guardia,—¿qué dicen ustedes? Ese caballero...

—Ese caballero,—interrumpió la mamá, ya en el libre, en el libérrimo uso de la palabra,—ese caballero está loco.

—No lo estoy,—repuso el joven con acento triste.—Su hija me ha robado.

—Pues bien, ¡á la cárcel!—gritó ya impaciente el guardia.

—Pero, ¿qué se ha figurado usted, gaza-piro?—rugió la madre.—¿Nosotras, ladronas?

—Nosotras, esposa ó hija de un fabricante de pan, que nunca lo dió falta de peso? ¿Qué culpa padecemos hoy la autoridad, cuando desconoce las personas de honor que transitan pacíficas é higiénicamente por los paseos?

Entretanto la señorita inculpada de robo había permanecido callada.

Tranquila, erguido el fino talle, levantada la blanca frente, risueños los dulces labios, no quitaba los ojos serenos, á par que fulminantes, del joven que le atribuía acto tan vituperable como un robo.

En fin, de su hermosa boca salieron estas palabras:

—Pero diga ese caballero qué es lo que le he robado.

—A la vista está,—repuso el pollo, en medio de un suspiro.—Me ha robado lo que ya nunca podrá ser mío. ¡Me ha robado el corazón!

—Pues mi corazón será suyo,—murmuró la ideal señorita, dejando ver en sus mejillas el beso suave de dos rosas.

Y así, la autora de aquel robo, en vez de ir á la cárcel, fué á la Vicaría.

JOSÉ DE SILES.

EL TELEGRAMA.

CUANDO el teniente de navío Enrique Robelin supo que su buque, el Francisco Garnier, formaba parte de los refuerzos que debían ser enviados á China, pensó en su mujer y en su hijo, y esta idea turbó en cierto modo la alegría que le ocasionaba el ver realizado su deseo ir á ganar su grado de capitán de fragata.

Hacia algunos meses que su hijo Marcelo, niño de tres años, estaba enfermo á consecuencia de su delicada constitución.

Berta Robelin, la esposa del teniente, esperaba la noticia y quiso mostrarse valerosa.

—¿Cuándo partes?—le preguntó resuelta.

—Dentro de quince días.

—Papá—balbuceó Marcelo,—¿me llevas á China?

El marino vivía en Tamaris, cerca de To-

lon, y cierto día, al regresar á su casa en compañía de su mujer y de su hijo, éste se agravó de un modo terrible en su enfermedad.

Ni el padre ni la madre durmieron aquella noche.

El Garnier salía á fines de la semana, y los esposos contaban materialmente las horas.

—¿Le salvará usted, doctor?—preguntaban ansiosos al médico.

—Sí—contestaba éste.

Pero semejante afirmación no les satisfacía.

Marcelo estaba cada vez más débil y delicado.

—Mañana salimos—exclamó de pronto Enrique.

Berta lanzó un grito de terror.

—No partes, Enrique—dijo á su marido—no partes!

El marino salió de su casa con objeto de solicitar su desembarque; pero al hallarse en el jardín se detuvo. Mandaba un buque, había recibido órdenes y su retirada era una deserción.

Estas reflexiones le hicieron desistir de su propósito, y le obligaron á entrar de nuevo en su domicilio.

El Francisco Garnier levó anclas á la hora convenida, y cuando hubo salido del puerto, el capitán buscó más allá del golfo la quinta de Tamaris, donde había dejado toda su vida.

Divisó en el balcón una silueta y una mano que agitaba un pañuelo.

Pero la visión fué brevísima.

Tal vez había tocado el niño y la madre se había visto precisada á retirarse bruscamente.

Cuando el oficial entró en su camarote cogió un calendario lleno de marcas hechas con lápiz, cada una de las cuales indicaba una escala, ó la que se lo mismo, el punto donde debía recibir un telegrama.

Momentos antes de partir había dicho á Berta:

—Sucedá lo que sucedá, envíame un telegrama á cada uno de los puertos donde habré de detenerme. La palabra esperanza, significará que hay mejoría, y la palabra valor significará...

Un sollozo le cortó la frase.

Subió luego al puente á dirigir las maniobras y procurar distraerse con sus compañeros, procurando después inventar todo género de trabajos y fatigas para amortiguar sus terribles angustias.

Al fin llegó el buque á Port Said.

“Esperanza,” decía el telegrama que aguardaba, pero era de la víspera y ya deseaba con ansia recibir el otro.

El de Aden decía lo mismo, y luego el de Saigon “Grandes esperanzas.”

El Garnier llegó de noche á Hong-Kong.

Enrique corrió á tierra en busca de noticias. Pero la estación telegráfica estaba cerrada y no pudo pedir el despacho hasta el amanecer.

“Gran mejoría—decía el telegrama.—Marcelo se ha salvado.”

No hay palabras con que describir la loca alegría del pobre marino, que á los pocos días era víctima de otra fiebre no ménos cruel: la fiebre del combate.

Enrique Robelin se distinguió de un modo extraordinario en cuantas operaciones se le encomendaron, y llegó á apoderarse de una fragata china sin haber recibido ni un solo rasguño.

A los pocos días le llamó el almirante para notificarle la contestación que por telégrafo había remitido el ministerio á su propuesta de recompensas.

—Robelin—le dijo—reciba usted mi enhorabuena. Es usted capitán de fragata.

Enrique abrazó al almirante y se dirigió á su buque, con objeto de enviar un telegrama á Berta, por más que ésta supiese ya la noticia por medio del DIARIO OFICIAL.

Los subalternos felicitaron al capitán, cuyo asistente Noelic llevaba en la mano dos pares de galones.

—Yo mismo—exclamó el marino—voy á cosérselos á usted, mi comandante.

Después entró Robelin en su camarote, donde encontró el correo de Francia, el correo de Tamaris, que le habían traído durante su ausencia.

Cogió la carta de Berta y la abrió. En aquel momento llamaron á la puerta:

—¿Un telegrama, mi comandante!

El marino se puso pálido y tembloroso, se pasó la mano por la frente y lleno de terror, leyó en alta voz: arcelo Mrecaido. Perdido. Valor.

—Dios mío!—gritó Robelin cayendo de espaldas sobre su lecho.

—¿Qué es eso, mi comandante? ¿Se ha puesto usted malo?

Enrique se incorporó sin saber le que hacía; volvió á leer el despacho y abrió la carta de Berta, á la conclusión de la cual leyó en voz alta estas palabras escritas por Marcelo:

“Papaíta de mi vida, desde que estoy bueno mamá me ha enseñado á escribir para que te escriba yo solo, que te quiero mucho y que estoy muy triste sin tí...”

—Noelic! Noelic!—exclamó el marino rompiendo á llorar y abrazando á su asistente.

—¿Ha muerto!... ¿Ha muerto mi pobre hijo!

Y mientras el marino le sostenía, sin soltar las insignias, el comandante Robelin derramó abundantes lágrimas, que iban cayendo presurosas sobre los galones del héroe.

PAUL BONNETAIN.

A UNA ROSA... UN CORTO DE VISTA.

[Vedá allí... Vedá allí pura y lozana! Aspirad de su esencia embriagadora!... Miradla del verjel reina y señora, Mecióndose en su tallo... ¡Cuán galana!... Abre su casto broche á la mañana... Puro el rayo del sol sus hojas dora... ¿A quién esa belleza no enamora? ¡Oh rosa, de las flores soberana!

Así un corto de vista repetía Teniendo más de ciego que de vate, Hasta que uno, que el paso le seguía, Admirado de tanto disparate, Le dijo destruyendo su alegría: —Pero hombre, ¿no ve usted que es un tomate? IGNORUS.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERRERA.

Negras.

Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 3 movimientos. Solución del problema publicado el domingo pasado.

1. T 3 A R—C toma T—2. D 7 T ♣♣.—Dos variantes.

Actualmente están jugando los aventajados ajedrecistas M. Márquez Sterling y E. Keys, un MATCH en la casa del Dr. Falero; oportunamente transcribiremos á nuestros lectores algunas de las partidas de tan interesante contienda.



Tomo III. México, Domingo 8 de Octubre de 1893. Núm. 116

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XXV

Aquel recuerdo me llenó de tristeza. Vinieron á mi memoria las alegrías de los quince años, las fugitivas amarguras del primer pesar, la tortura congojosa del primer desengaño.

¡Miseria humanidad en la cual todo se muda y perece! No persisten en ella ni dichas ni dolores; la más intensa alegría se disipa como la niebla; el afecto de hoy se ve traicionado por el afecto de ayer, afecto que creíamos muerto y que de pronto revive en el alma fuerte y activo; el dolor, con el cual llegamos á encariñarnos, del cual nos abrazamos perdida toda esperanza de volver á la dicha, deseosos de vivir para él, sólo para él, pasa y se va, huye y no vuelve, nos deja para que brisas de ventura, de una ventura fugaz y efímera también, vengan á refrescar nuestra frente y á reanimar el desmayado corazón.

La noche era magnífica, una de esas noches de Villaverde, tibias y benignas, sin nubes ni celajes, en que los astros centellean como diamantes, en que los vientos traen á la ciudad el rumor de los campos adormecidos, los cantares del pererozo río, los gratos perfumes del valle. El agua corría dulcemente por el enmidero del pilón, y, en la espesura del jardincillo, el huelo de noche balsamaba el espacio con el penetrante aroma de sus flores tardías. Al pie de los muros y en torno de la fuente, las últimas maravillas prodigaban, como en las noches otoñales, la esencia navísima de sus caducas corolas. Orión fuluraba espléndido; Sirio brillaba apacible co-

mo una lágrima de oro; Aldebarán ardía purpúrea; la cerúlea Capella parpadeaba melancólica, y allá por el sud, joya sin par de las regiones australes, resplandecía Canopo con irradiaciones azules, blancas y rojas. En suma: hermosísima noche, una de esas noches ante las cuales se dilata el alma y se ensancha el corazón; en que el pensamiento vuela de estrella en estrella, y en que olvidados de las miserias de la triste vida terrena, quiséramos volar y subir hasta más allá de los últimos astros, para perdernos y abismarnos en las soledades misteriosas del éter.

Me puse de coños en el alféizar, y allí pasé la noche, solo con mi dicha y mis recuerdos. El constelado firmamento hacíagala de sus palidos fuegos, la tierra dormía silenciosa, y de cuando en cuando se oía á lo lejos el ladrido de un perro ó el canto de un gallo.

Recordé cosas y sucesos pasados; invoqué memorias dolorosas de la niñez, pesares y amarguras infantiles; los tristes días de colegio, las melancolías del primer amor. Uno á uno desfilaron delante de mi parientes cariñosos, fieles servidores, amigos nunca olvidados. Al reparar las páginas del librito de mi vida, me pareció que iba yo recorriendo larguísima y desolada calle, entre dos hileras de tumbas, que aquí y allá blanqueaban á la sombra de los sauces y de los cipreses.

La felicidad y el bienestar de mi familia en tiempos mejores vino á sonreírme, á lastimar con sus alegres memorias mi dolorido corazón. Antes abundancia, respetos, halagos, lisonjas. Ahora pobreza, desconfianza, menoscipio, olvido... ¿Dónde estaban los ami-

gos de mis padres? No quedaban más que dos: el bondadoso médico y el desgraciado dómine...

Pensé en los días felices de mi primer amor. Entonces surgió ante mis ojos, blanca figura de mujer. Esbelta, pálida, vaporosa, ideal, aquella imagen querida venía á recordarme olvidados juramentos, promesas no cumplidas. Triste, doliente, llorosa, parecía decirme:—Me ofreciste tu alma y tu vida; me ofreciste tu corazón, y se le diste á otra... ¡Ingrato!

Y aquella voz tenía el timbre de la voz de Angelina. La visión desapareció arrebatada por una ráfaga del viento matinal que pasó estremeciendo las copas de los naranjos y columpiando los floripodios.

¡Locuras de muchacho! ¡Delirios de ardorosa fantasía! ¡Presentimientos de una alma tímida, de un corazón inconstante!

Sentí anhelo infinito de que aquel amor que llenaba mi alma fuese el último de mi vida; deseo firmísimo de vivir sólo para Angelina, sólo para ella; deseo vehementemente de ser bueno para merecer el amor de la modesta niña; para gozar, como de cosa propia, de la hermosura de aquel cielo tachonado de luceros, de las mil y mil bellezas que la noche tenía cubiertas con sus velos, y que dentro de breves horas, al clarear del alba, aparecerían en toda su magnificencia; que sólo á condición de ser bueno me sería dable gozar del supremo espectáculo de la naturaleza, de modo que se me revelaran todos sus encantos, y no fueran arcanos para mí la dulce melancolía de una tarde de otoño, ni la risueña ale-